



Fiesta de la Inmaculada Concepción de María

Queridos hermanos:

1. La fiesta de la Inmaculada nos ha llegado este año envuelta en los anuncios de salvación del profeta Isaías, leídos en la eucaristía diaria de esta semana inicial del Adviento.

El profeta comienza su libro de esta manera: *“Oíd, cielos, escucha tierra, que habla el Señor: Hijos he criado y educado, y ellos se han rebelado contra mí. El buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende.”* (Is 1, 2-3).

No conocer a Dios tiene dramáticas consecuencias en la vida religiosa y social de Israel, que el profeta lamenta y denuncia: *“¡Ay, gente pecadora, pueblo cargado de culpas, raza malvada, hijos corrompidos!”* (Is 1, 4). *“Vuestro país está devastado, vuestras ciudades incendiadas, vuestros campos los devoran extranjeros, ante vuestros ojos... Sión ha quedado como cabaña de viñedo, como choza de melonar”* (Is 1,7-8).

Esta situación tiene su reflejo en la desfiguración del culto, que desagrada a Dios: *“Estoy harto de holocaustos (Is 1,11)...No me traigáis más inútiles ofrendas (Is 1,13). Y el Señor llama a su pueblo a la regeneración cultural y moral: “Vuestras manos están llenas de sangre...Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones... aprended a hacer el bien. Buscad la justicia (Is 1, 15-17).”*

Ante esta situación sin salida humana, el profeta comienza a anunciar la salvación de Dios con diversas imágenes: *“En los días futuros estará firme el monte de la casa del Señor...hacia él confluirán las naciones”* (Is 2, 2). El Señor *“nos instruirá en sus caminos y macharemos por sus sendas, porque de Sión saldrá la ley, la palabra del Señor de Jerusalén”* (Is 2,3), para que *“caminemos a la luz del Señor”* (Is 2, 5).

“La virgen está encinta y da a luz un hijo, y le pondrá por nombre Emmanuel” (Is 7, 14).

“Aquel día, brotará un renuevo del tronco de Jesé y de su raíz florecerá un vástago. Sobre él se posará el espíritu del Señor”. (Is 11,1).

“En aquel día, preparará el Señor del universo para todos los pueblos, en este monte, un festín de manjares succulentos, ...de vinos de solera... Y arrancará en este monte el velo que cubre a todos los pueblos... Aniquilará la muerte para siempre” (Is 25, 6-8).

Con estos y otros anuncios fortalece el profeta la fe y la esperanza del pueblo de Israel, y le alienta a preparar el camino al Señor, que permanece fiel a la alianza con su pueblo elegido y vendrá a mostrarle una vez más su misericordia.

2. El anuncio profético del futuro tiempo mesiánico fue el inicio de un camino de reconciliación que Dios ofrece a los hijos que ha *“criado y educado”*, y *“se han rebelado”* contra él. Al dar a conocer su nombre, y su amor fiel y misericordioso, Dios comenzó a ayudar a cada uno de sus hijos a dar respuesta a las preguntas dirigidas a



Carlos López Hernández

Adán en el paraíso: ¿dónde estás?, ¿qué has hecho? ¿quién te informó de que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol del que te prohibí comer? ¿Por qué tienes miedo y te escondes de mí?

3. Juan el Bautista anuncia con palabras de Isaías la llegada del Reino de Dios en Jesús, pero no es profeta de su encarnación y de su nacimiento, sino el precursor de su anuncio público del Evangelio del Reino. No obstante, Juan nos alienta con su predicación a preparar el camino del Señor e iniciar el proceso de conversión para el perdón de los pecados, que es necesario para acoger el Evangelio de la salvación de Jesús. El relato más amplio de Lucas ofrece las pistas de la conversión, que Juan ofrecía a quienes le preguntaban: *¿Qué debemos hacer hacer?* (Lc 3, 10.12.14.). Hoy debemos también nosotros hacerle la misma pregunta. Ésta y las antes formuladas nos ayudaran a abrir en nuestra vida el camino al Señor y a acoger su salvación.

4. Los profetas mayores y auténticos artífices del primer adviento de la historia fueron el ángel Gabriel y la virgen María. El diálogo entre ambos es la revelación más sublime y entrañable del “misterio” (Ef 1, 9) de la voluntad salvadora de Dios, “*escondido desde el principio de los siglos en Dios, creador de todo*” (Ef 3, 9).

El misterio revelado a María es que el hijo de sus entrañas va a ser la criatura por excelencia del Espíritu Santo, el Hijo del Dios Altísimo, el Rey Santo en el trono del verdadero y definitivo reino de David, el Ungido para salvar a su pueblo de sus pecados.

La certeza de la realización de este inaudito misterio de la salida de Dios de sí mismo, para asumir la condición humana, está en el **poder del amor de Dios. Para él nada hay imposible.**

María conocía el nacimiento milagroso de Samuel (1 Sam 1,1-28) y de Sansón (Jue 13, 2-3). Y ahora se le ha revelado el embarazo milagroso de Isabel, como señal del poder de Dios. Ella no tiene duda sobre la declaración final del ángel: Para Dios nada hay imposible. Y cree con firmeza que Dios quiere realizar en ella la concepción de su Hijo por la fuerza del Espíritu Santo. Por ello, responde con absoluta libertad y confianza: “*He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra*” (Lc 2, 38).

Para hacer realidad este compromiso, la gracia de Dios acompañó a María en una larga peregrinación de la fe, con gozos y dolores, desde la humilde cuna hasta la deshonrosa cruz de su hijo, y esperando contra toda esperanza, cuando algunos anuncios del ángel tardaban largo tiempo en verse cumplidos. Y María guardaba y meditaba con paciencia en su corazón todo lo relativo al misterio de su hijo. (Lc 2,51).

Junto con Gabriel y María, son profetas menores del primer Adviento Zacarías e Isabel. En su canto de bendición proclamó Zacarías la liberación de Israel de todos sus enemigos y la salvación de sus pecados por el Señor, cuyos caminos viene a preparar su hijo Juan. Isabel, con la inspiración del Espíritu Santo, reconoce y anuncia el fruto bendito encerrado en el vientre de María.

5. Quien cree con firmeza, como María, que para Dios nada es imposible, acoge con alegría el proyecto de Dios sobre su vida, y espera con certeza la realización de su propia vocación. Y esta es la fuerza secreta del Adviento: la gracia de Dios hace realidad en su existencia, como en María, el Reino de Dios, es decir, la vida de Cristo en él; el cumplimiento gozoso de la voluntad del Señor, anteponiéndola a la propia. El



Carlos López Hernández

seguimiento de Jesús, en obediencia filial a la vocación de Dios, nos hace capaces de ser y vivir para los demás, con amor y alegría.

6. Nosotros, al celebrar la fiesta de la Inmaculada Concepción de la Virgen, estamos llamados a ser como María profetas y cauces de realización del Reino de Dios en medio de este mundo, con nuestra vida santificada en la comunión con Cristo y con nuestras palabras de verdad evangélica y de testimonio del amor misericordioso del Padre y de su Hijo entregado por nosotros.

En esta fiesta de la Purísima damos gracias a Dios porque ha querido que vivamos en la plenitud del tiempo en que su Hijo ha nacido de una mujer, la virgen de Nazaret, **concebida sin pecado y llena de gracia**. El Hijo de Dios y de María Inmaculada nos rescata del pecado y nos concede la gracia de ser hijos adoptivos de Dios, su Padre; de estar habitados por su Espíritu, y ser libres y herederos con él del Reino de los cielos (cf. Gal 4, 4-7).

Dios Padre nos ha elegido antes de la fundación del mundo y nos ha bendecido en Cristo con toda clase de bendiciones espirituales, ***para que seamos santos e irreprochables por el amor***. Esta es la meta de nuestro camino de Adviento, recorrido de la mano de María Inmaculada, la llena de gracia.

Salamanca, 8 de diciembre de 2017